

LA ACADEMIA CALASANCIA

Fundador: Rdm. P. Eduardo Llanas, escolapio

MOVIMIENTO SIMPÁTICO

LAS RELACIONES HISPANO-AMERICANAS

Lo es, á no dudar, el que de algunos años á esta parte viene acentuándose, de aproximación entre España y sus colonias, las florecientes Repúblicas de la América latina: cuyo movimiento significa, por nuestra parte, una rectificación completa de la norma de conducta que por desgracia inspiró nuestros actos durante casi todo el siglo XIX.

Consumada por la fuerza inevitable de las circunstancias y por razones que no es del caso desmenuzar, la independencia de aquellos inmensos territorios, España, sobreponiéndose á las cuestiones de amor propio y posponiéndolas á los intereses económicos y aun morales, además de las obligaciones que le imponía la misión civilizadora por ella realizada en América, debió reconocer las nuevas Repúblicas, entablando desde luego con ellas relaciones de sincera amistad: de suerte, que las nacientes soberanías viesan en su antigua Metrópoli la primera y mejor garantía de la estabilidad de su independencia.

Pero lejos de ello, seguimos siendo, como en tantos otros problemas de índole internacional ó interior, los genuinos descendientes y fieles discípulos de Don Quijote: nos empeñamos en cerrar los ojos ante la realidad incontrastable, en negar la existencia de aquellos Estados que, con mayores ó menores dificultades, propias de todo período constituyente, funcionaban reconocidos por todas las potencias. Habían pasado siete ú ocho lustros de la separación de las colonias y todavía no habíamos reconocido jurídicamente las Repúblicas americanas; lo cual equivale á decir que no teníamos con ellas ninguna relación. Si alguna vez nos acordamos de su existencia, fué

para acometer empresas absurdas é impolíticas, para intervenir en Méjico, para actuar bélicamente en las costas del Pacífico, en cuyas aguas nuestro pabellón rayó á gloriosa altura; pero á la vez sembramos odios lamentables que hicieron que durante muchos años quedase proscrito del Perú y Chile cuanto tenía el sello español; para reclamar inútilmente el pago de deudas, perdiendo así un tiempo precioso por haber olvidado que nunca las colonias emancipadas se avienen á aligerar el antiguo Tesoro metropolitano de las deudas contraídas en tiempos del régimen colonial.

Mientras nosotros procedíamos con miras tan pequeñas, absurdas y perjudiciales, los demás países se apresuraban á sacar provecho de las circunstancias, y reconocían incontinenti las nuevas Repúblicas para entablar con ellas relaciones de índole mercantil; y así fué como abarrotaron de productos los mercados americanos y contribuyeron con sus capitales á la explotación de las riquezas de aquel vasto Continente.

Resultado de todo ello fué que España, después de haberse empeñado inútilmente durante tres siglos en tener la exclusiva, el monopolio del comercio colonial, vióse excluida por completo de las relaciones mercantiles con el Nuevo Mundo, cuyas necesidades económicas satisfacían al amparo de la libre concurrencia, del comercio lícito, Inglaterra, Francia, Holanda, las mismas naciones que antes, mediante el contrabando, reducían á su más mínima expresión nuestro comercio con las colonias

Cuando los ingleses, en el último tercio del siglo XVIII, se convencieron de que era inminente é inevitable la separación de sus posesiones sublevadas, reconocieron la independencia de los Estados Unidos—no sin haber dejado antes á salvo el honor nacional mediante la lucha—y el resultado positivo de su conducta fué el acrecentamiento de las relaciones mercantiles, hasta el extremo que aquella independencia colonial, desde el punto de vista económico, fué un negocio para la ex Metrópoli, pues á los pocos años el comercio de importación de productos ingleses en el Norte-América se había centuplicado.

He aquí, pues, la diferencia entre nuestra conducta y la de Inglaterra. Y sin embargo, por el hecho de haber colonizado y sabido asimilarnos la América española, nos hallábamos y nos hallamos todavía, por fortuna, en situación excepcional para ejercer en los destinos del mundo, decisivo influjo para defender y representar los intereses étnicos de la raza latina en las luchas del porvenir por el progreso y

la civilización: para disputar á los sajones la preponderancia mundial con que sueñan. La civilización, el modo de ser de nuestras antiguas posesiones, sigue teniendo las características españolas; y por ello todos los elementos de la civilización latina, cultura, industria, lenguaje, finalidad social progresiva y la religión católica que la raza latina ha tenido el honor de difundir, propagar y sostener aun en los tiempos más calamitosos, han de tener en la compenetración, en la inteligencia y cordialidad de relaciones entre España y sus hijas las Repúblicas Centro y Sud-americanas, un firme antemural, una base incontrastable, á cuyo amparo deje de ser un peligro para la independencia de la América latina la egoísta y avasalladora doctrina de Monroe, y para el desarrollo progresivo de la Humanidad cuyo norte ha de ser la armonía y mancomunidad entre las razas mediante el respeto mutuo de intereses, la preponderancia á que la raza sajona, en sus diversos matices, persigue con denuedo, realizando para alcanzarla esfuerzos estentóreos.

Todo el siglo XIX hemos dejado desatendida misión tan trascendental; por lo que precisa que la acometamos sin más tardanza, pues hoy es más difícil que ayer, mañana serálo más que hoy, la ardua tarea de acometerla. Los norte-americanos ganan terreno de día en día; su influencia moral va extendiéndose y propagándose; con el pie en las Antillas y dueños del canal de Panamá, tienen asegurado en el porvenir su engrandecimiento. Méjico ha sufrido varias veces las consecuencias del predominio que pretende el coloso del Norte; las demás Repúblicas temen, y con razón, que peligre algún día su personalidad internacional. Ante semejantes dudas y vacilaciones, tan justas como explicables, no tienen otro remedio que volver sus ojos á España, para acometer de común acuerdo la lucha pacífica por el engrandecimiento de la raza común y la realización de sus destinos.

Por nuestra parte hemos de procurar que el Atlántico, lejos de ser elemento que nos separe, sea medio de íntima y eficaz comunicación. Por fortuna, las cosas van por este camino, ya que, según decíamos al principio, hase iniciado una poderosa corriente de simpatía é intercambio de cultura espiritual entre España y América.

Con motivo del centenario de la Independencia, precisa que se concrete y acentúe todavía más dicho movimiento. España ha de demostrar á la faz del mundo, tomando parte activa en los festejos del Centenario, que no siente ningún resquemor, sino vivísima satisfacción, ante los progresos realizados en cien años por las nuevas Re-

públicas, sus hijas, continuadoras de nuestra personalidad en el Nuevo Mundo, y representantes de la raza latina en aquel continente, por lo que aquellos adelantos los consideramos como propios, pues al fin y al cabo son, remotamente, fruto lógico y natural de los esfuerzos llevados á cabo por nuestro país para colonizar América, supuesto que sin el período colonial y sin la intervención de España, aquellas feracísimas comarcas no habrían salido del estado de semi barbarie, ó por lo menos del atraso en que vivieran, aisladas del resto del mundo, en materia de civilización. Al contemplar dicho progreso, contemplamos el complemento de la obra de civilización por nosotros acometida, y en aras de la que perdimos nuestra preponderancia en Europa, nos despoblamos y estuvimos al borde de la completa ruina.

Buenos Aires, la gran ciudad, segunda en población de la raza latina y capital de una gran República, se apresta á celebrar con esplendidez el aludido centenario. Allí no deben faltar las representaciones de todos los elementos integrantes de la vida española en sus distintos órdenes. El Estado y los particulares deben hacer un esfuerzo titánico para que nuestro país no haga un tristísimo papel.

Ya es casi oficial que en representación de España irá á la Argentina un Infante presidiendo una comisión nutridísima de personalidades prestigiosas de la política, la literatura, la ciencia, el comercio y la industria patrias. A su vez, todos los españoles que se dedican á las industrias manufactureras en sus diversas ramas, que en un concepto ú otro se distinguen en el movimiento científico, mercantil é industrial de la nación, acuden á exponer sus productos, iniciativas y adelantos en el Certamen que va á celebrarse en la gran urbe de las orillas del Plata.

El Centenario ha de servir para que nos aproximemos y conozcamos más españoles y americanos; para que se acentúe el simpático movimiento de inteligencia entre unos y otros, del cual dependen los intereses de la raza latina que en el porvenir habremos de defender por impotencia de la decadente Francia y de la pobre Italia, esclavas de la masonería, cuyas aspiraciones se hallan en oposición absoluta con los destinos y conveniencias de la verdadera civilización.

C. COMAS DOMÉNECH
Académico Honorario

FILOSOFÍA MODERNA

IV Y ÚLTIMO

Uno de los caracteres más marcados de la filosofía moderna es la preferencia que constantemente han otorgado sus escuelas y maestros al estudio de los problemas sobre el origen y el valor de nuestros conocimientos. La crítica del conocimiento es de la mayor importancia en toda la filosofía moderna.

La razón de esta necesidad de investigación es obvia. Era tarea difícil y arriesgada la de convencer que el entendimiento humano había andado equivocado hasta la aparición de las nuevas ideas. Y no obstante, tal fué el empeño de muchos, que quisieron presentar como caminando á ciegas, toda la filosofía de los tiempos anteriores. El medio más expedito para ello era inculpar á los antiguos de no haber examinado cuidadosamente las bases del conocimiento y de haber desconocido sus límites. ¿Cómo se podían afirmar en otro tiempo cómo ciertas cosas que hoy juzgamos falsas, sino porque no se aplicó el método debido y no se conocieron el verdadero criterio y las verdaderas condiciones de la certeza? Así con el comienzo de todo período saliente de la filosofía moderna coincide una nueva revisión de la facultad de conocer. Descartes se puso á resolver, con el auxilio de la duda metódica, la cuestión que le atormentaba ante las incoherencias de la Escolástica del siglo XVII. Kant volvió á plantear el mismo problema, cuando el movimiento de ideas nacido de la filosofía cartesiana hubo llegado en la persona de Cristián Wolf á un diagnóstico que el creía peligroso. Las decepciones originadas por el fracaso de los grandes sistemas idealistas condujeron á no pocos á los principios de Kant, combinados con los recientes descubrimientos de la fisiología y de la psico-física.

Esta evolución casi circular es de las más curiosas y enteramente propia de la nueva filosofía. La Edad Media no desconoció las investigaciones de esta clase y las célebres disputas entre realistas y nominalistas constituyen un episodio bien notable de su historia. La filosofía griega, como lo prueban las obras de Aristóteles y Platón, se preocupó en sus mejores tiempos de tales investigaciones. Lo que es peculiar de nuestra época es el recorrer una especie de ciclo cerrado. Su punto de partida es una crítica del conocimiento y su término una metafísica dogmática fundada en esta crítica. Luego el ciclo vuelve á empezar; parece necesaria una nueva crítica del conocimiento, y el dogmatismo aparece en seguida para ceder el lugar otra vez á otra crítica más reciente.

Con el carácter que acabamos de indicar, cerramos la serie de

los que más llaman la atención al observador imparcial, que pasa del estudio de la filosofía escolástica al de la filosofía moderna. La antinomia entre ambas es bien clara y definida.

Para emprender con fruto práctico el examen de las doctrinas que designamos con el nombre de *filosofía moderna*, la mejor disposición es buena fe intelectual. No hay cualidad más rara, aun cuando muchos se figuren poseerla. El hombre concede gran valor á lo que juzga verdadero, se identifica de tal suerte con sus ideas que es sumamente difícil que se desprenda de sus preocupaciones personales y prescinda por completo de sus opiniones, cuando tiene que juzgar las de los demás, aun cuando sean de eminentes pensadores y célebres filósofos. En este fenómeno se descubre un homenaje rendido indirectamente á la fuerza de la verdad; pero con harta frecuencia este homenaje es ciego y mal dirigido, porque en el fondo este culto y admiración se dirigen menos á la verdad pura que á la *verdad personal de cada uno*.

No se crea que con esto preconizamos el escepticismo. Queremos indicar solamente que la buena fe intelectual, como todas las virtudes, no es un don natural y espontáneo, sino un tesoro adquirido á costa de grandes esfuerzos de nuestra libre voluntad. Es tarea muy fácil poner de relieve los puntos flacos de mi sistema; pero muy difícil convencernos de que nuestros propios sistemas tienen también sus puntos vulnerables, y, sobre todo, no olvidarlo, cuando se analizan las ideas propias en parangón con las ajenas. La investigación filosófica no es un torneo en que se declara vencedor al que mejor ha sabido resistir los golpes de sus adversarios. Es una obra de construcción total ó sintética, á la cual cada uno debe llevar su piedra, siempre dispuesto á abandonarla sin pena, si otros las traen más sólidas y mejor labradas. Sólo con esta humildad intelectual tan recomendable puede hacerse trabajo de crítica seria y provechosa.

La misma lealtad debe resplandecer en el examen de los errores. Es preciso reconstruir y hacer revivir las ideas, tales como las concibieron y expusieron sus autores, relacionarlas entre sí en el mismo orden en que ellos las presentaron y no suponer *a priori*, por un necio alarde de pueril vanidad, que sus teorías no son más que amasijos de paralogismos formados contra los cánones de la lógica y del más elemental buen sentido. Semejantes tentativas llevan en sí mismas su castigo.

Los creadores de teorías originales son siempre entendimientos superiores desde algún punto de vista, y Descartes, Espinosa, Kant, Hegel, Shopenhauer no son inteligencias mediocres, aunque hayan incurrido en errores. No se los ha de creer desprovistos de aquellas cualidades de amor á la lógica y lealtad de espíritu, que reconocemos de buen grado en cuantos se dedican noblemente á la investigación

de la verdad. Debe reconocérseles dotados de sentido común y no privados del sentimiento del ridículo, que con harta frecuencia y torpemente se emplea contra ellos. El amor ardiente y desinteresado de la verdad no es patrimonio exclusivo de un individuo ó de una escuela.

No se crea que con esto pretendamos que se entre en pactos con el error ó que se tome su defensa. Indicamos sencillamente el único método que conduce al conocimiento completo de la verdad filosófica é histórica. Reducido á su forma más sencilla, puede decirse que consiste en no admitir que hombres superiores hayan afirmado algo, aun cuando sea erróneo, sin alguna razón de valor aparente y en reducir al menor número posible las contradicciones y sofismas que podríamos creer encontrar en el desarrollo de sus ideas. ¡Lástima que los frutos de trabajos tan prolijos y de profundas investigaciones, testimonio inequívoco de agudeza, originalidad y penetración de espíritu, se hayan malogrado en gran parte y no hayan venido á hacer más amplio y profundo el luminoso surco que la Edad Media abrió en pos de Aristóteles! Quisieron levantar de nuevo un edificio, cuya armonía y belleza les ocultaban vegetaciones parasitarias, y preocupados con sus investigaciones, demasiado confiados en sus descubrimientos, rompieron el hilo de oro de la legítima tradición filosófica.

E. R., Sch. P.

DE VIAJE

II

Lanzados ya á la inmensidad de los mares y mecidos dulcemente en su cuna sin límites, vimos levantarse á nuestra proa como punto casi invisible, para crecer luego hasta las nubes que le coronaban y que parecía unir con el Océano, al gigante del Atlántico, al incomparable pico de Teyde, que poco después había de destruir con sus avasalladores torrentes de lava aquellas fértiles laderas y valles, que en el claro obscuro del crepúsculo mirábamos entonces cubiertos de rutilante vegetación.

Después, la dulce y variada monotonía de la naturaleza en la inmensidad del Océano; aquel círculo de hierro formado por el horizonte, símbolo de las aspiraciones humanas, hacia el que caminábamos siempre, sin alcanzarlo nunca. He visto las azuladas olas de un mar sin fondo que, ora tranquilas venían á morir besando con cariñoso ósculo la quilla del buque, ora embravecidas y coronadas sus altas

montañas por rugiente espuma lo hacían saltar como desbocado corcel, dando fuertes bandazos y salpicando con sus salitrosas gotas las caras de los que, como yo, recostados sobre la barandilla nos entregábamos á los ensueños de la poesía, los ojos fijos en el globo rojo que allá en el horizonte aparecía y desaparecía siguiendo los vaivenes del buque, ocultándose tras la cordillera de aguas que parecía incendiar en sus crestas para hundirse luego definitivamente en ellas como monstruo de fuego, después de haber matizado con colores que no han salido nunca de humano pincel los caprichosos dibujos que las nubes, al agruparse, formaban en el firmamento, sumiéndolo todo en una obscuridad tropical. Poco á poco los argentinos rayos de la luna, eterna perseguidora del astro diurno, iban cambiando por completo el espectáculo; el oro de las aguas trocábase en brillante plateado, y las cascadas de agua que la proa levantaba al tallarla parecían salidas de fuente luminosa, mientras el buque en su constante marcha semejaba navegar en medio de un mar de luz producida por la fosforescencia de las aguas. ¡Cómo volaba mi pensamiento entonces! ¡Qué de ilusiones de amor y felicidad forjaba en aquellos momentos mi espíritu soñador, mirando extático la estela del barco perderse ondulante hasta el horizonte!

.....

Cinco días en la bulliciosa soledad de los mares, sin otra compañía que el alegre jugueteo de los peces voladores y las bandadas de delfines y tiburones, amén de alguno que otro cachalote, que, ávidos de presa, siguen constantemente las masas humanas, son más que suficientes para mostrar al hombre su pequeñez ante la inmensidad de las obras del Creador. Los llevábamos ya, cuando una mañana, acostado todavía en la litera de mi camarote, oí los lejanos acordes de un baile popular andaluz; parecía un sueño y no lo era; salté de la cama, y á medio vestir me planté en cuatro saltos sobre cubierta. Cerca, muy cerca de nosotros pasaba otro coloso de los mares ondeando orgulloso en su popa la gloriosa bandera de la patria. Vosotros, los que me leéis, en la inmensa mayoría, no habéis tenido aún ocasión de experimentar el efecto que lejos de la tierra natal, y mucho más en las llanuras del Océano, producen en el espíritu los colores de nuestra enseña. Ella es el emblema de la sangre y de la vida patria que se difunde por todos los países del orbe; ella despertó en mí vibrantes los acentos patrióticos, y al saludar efusivamente los que íbamos á los que ya volvían, brotaron de nuevo en mi espíritu la serie de sensaciones experimentadas á mi salida de Málaga y un hondo suspiro de añoranza ahogó la palabra en mi garganta.

.....

Próximos estábamos al fin de nuestro viaje, pues ya las gaviotas comenzaban á revolotear alegres alrededor del buque en amorosas

parejas, envidiosas, sin duda, de las que diseminadas se veían en todos los paseos de á bordo, sentadas en las indispensables sillas de lona, vestidas ellas en elegantes deshábills, irreprochables en su traje de viaje ellos; la alegría principiaba á hacerse más y más notoria con la esperanza de poder ver tierra al día siguiente después de estar tanto tiempo encerrados continuamente en el círculo de mar y cielo y hasta la banda del buque preludiaba las primeras notas de un vals que todos aguardábamos ansiosos para lanzarnos á las locuras de Terpsícore, cuando una orden del capitán vino á suprimir en seco todas las fiestas. ¿Qué pasaba? Era una noche oscura, sin luna, y el viento hacía silbar el cordaje, mientras las olas, más fuertes que nunca durante la travesía, se estrellaban contra los costados del buque, haciéndole lanzar fuertes gemidos y obligándole á hundir su altiva cabeza en las tenebrosidades de sus senos. Allá por occidente veíase alguna que otra lucecita pálida, que tanto podía ser de algún vapor que en dirección contraria pasase, como de algún lejano faro de las tierras americanas; la naturaleza parecía adherirse al duelo en que una sola palabra transformó la alegría y bullicio. ¡Un muerto! Un muerto, sí; una niña arrancada de los brazos amorosos de su madre en medio de la inmensidad de los mares; un capullo que antes de transformarse en flor se había marchitado á consecuencia de un golpe desgraciado. La bruma comenzó á cubrir los horizontes, dejándolo todo envuelto como en blanco sudario; nadie osaba hablar y aquel silencio aterrador era sólo interrumpido por el rugido de las olas chocando unas con otras como témpanos de hielo y el silbido de la sirena, que como grito de fiera herida lanzaba el buque mientras sus reflectores trataban en vano de atravesar la muralla opaca que lo separaba del horizonte.

Triste y sombrío amaneció el nuevo día; el Sol se atrevía apenas á rasgar con sus tenues rayos los nubarrones que se cernían sobre oriente, temeroso quizás de contemplar el desenlace final del drama íntimo desarrollado el día anterior. Formados todos sobre cubierta, fué conducido por cuatro marineros en humilde caja de madera blanca el cuerpo de la virgen volada al cielo; el cura entonó un responso y después... el golpe seco de un objeto duro que cae al agua; un grito desgarrador de la madre; muchos pañuelos blancos que ocultaban los ojos enrojecidos de los presentes, y cuando al cabo de un momento pude levantar la vista vi flotar un instante en la cima de una ola la humilde mortaja para desaparecer luego y para siempre en su insaciable sepultura.

¡Fondo!... Era media noche cuando este grito resonó á bordo, y los eslabones de la cadena del áncora, al resbalar por el escobén, me transportaron en espíritu, por un instante, veinte y un días atrás; ha-

bíamos llegado al término de nuestro viaje y sólo faltaba que el Sol dorase con sus rayos la cercana orilla para entrar en la dársena de la metrópoli sudamericana. Poco á poco fué clareando la aurora y majestuosamente entramos en el puerto. Todo era allí bullicio y movimiento. ¡Cuántos esperaban alegres é impacientes aquellos momentos para dejarse estrechar por brazos queridos! y ¡cuántos, cuántos, como yo, al poner los pies sobre los muelles sentíamos vacilar nuestras piernas y volvíamos nuestra vista atrás, suspirando por pisar de nuevo una cubierta como la que dejábamos, que nos llevase otra vez á la tierra,

Wo die Citronen blühen,

y ver reflejadas sobre las azuladas ondas del Mediterráneo la silueta de Montjuich, las torres de Santa María; para poder trepar de nuevo las empinadas rocas de Montserrat y los riscos del Montseny!

LUIS TINTORÉ Y RODRÍGUEZ

Académico Honorario

Buenos Aires, diciembre de 1909.

MACROBIÓTICA

«Hay una tribu en la India, cuyos individuos, cuando se convencen de que han vivido bastante, se echan al suelo y... expiran.»

(X-ob. x)

I

Si por una parte no somos dueños de los años de nuestra vida, ni podemos alargarlos porque se nos antoje, por otra, existe un arte que nos dará reglas para prolongarlos. No pidamos reglas fijas y seguras, para que aplicadas den el resultado deseado. No pidamos medios adecuados á combatir cada una de las calamidades que puedan hacernos naufragar, porque no serán quienes para desbaratarlas, ni para evitar el naufragio.

No pretendamos una terapéutica que indefectiblemente nos estacione en la vida; porque los años pasan y la vida es la sangre, que como cosa creada envejece con ellos.

En dos partes podemos dividir el estudio práctico de la macrobiótica. Primero, las reglas que dependen de la fantasía, y segundo las que dependen de la voluntad.

Son todas ellas méritos que se contraen para que la higiene del alma sea un hecho, y por lo tanto, que se procure con la higiene una disposición adquirida al desenvolvimiento espontáneo y natural de nuestras manifestaciones.

Comenzaremos apuntando unas líneas que se deben al gran Sichtenberg: «á menudo me he entregado horas enteras á toda clase de fantasías; sin esta cura por la imaginación, que generalmente empleaba en la época ordinaria de las temporadas de aguas, no habría llegado á la avanzada edad que tengo».

¡Infeliz, no obstante, el que tome esta regla con tal empeño, que la aplique con insistencia, porque de él es el reino de la locura! Una vez se acostumbra el individuo á fantasear en un sentido solo, puede con facilidad, si lo hace intensamente y muy repetidas veces, caer en un verdadero psiquismo, cosa que trae consigo la alucinación, principio del desvarío mental. ¿Quién niega que aquél que con indiferencia vese fantasear, presentándosele á menudo la figura, por ejemplo, de una esquila mortuoria en cualquier papel ú objeto, llegue á predisponerse y á alcanzar una alucinación de la vista y luego una verdadera manía en tal sentido?

¿Quién podrá luego contrarrestar el influjo morboso de tal manía? Y sin embargo, no hay duda que esta es la primera regla de la macrobiótica.

Las fuerzas anímicas, dedicadas durante un tiempo determinado al trabajo habitual, llegan á hacerse reacias y poco aptas para separarse de él, y ponerse al servicio de otra inclinación. Las fuerzas del espíritu así consideradas son de un temple tal, que ni la fatiga ó cansancio y menos la desaparición de sus poderes, caben en ellas. El cansancio y la fatiga se experimentan cuando se aplican de una manera sola y determinada; pero cuando se las arranca de esa manera de trabajo, para aplicarlas á otra que hilación no guarde con ella, entonces las mismas fuerzas, sin detenerse un instante, cambian el cansancio y la fatiga primeros, por el solaz y el esparcimiento. Ese, pues, modo de actuar las fuerzas psíquicas en su funcionalismo, es el punto de partida de toda cura por parte de la imaginación. Ella está sobrado capacitada para dar un vuelco al impulso inicial que determina una manera de actuar, y á ella se debe el descanso mental que experimenta el sujeto una vez han cambiado los fines de nuestros esfuerzos. Yendo ahora á lo práctico de tal regla, puede verse como esa fatiga ó ese solaz de nuestras fuerzas han de determinar una fatiga ó un solaz en el individuo todo. Esto es natural, pues no son las fuerzas anímicas las que se cansan y descansan, sino el sujeto de ellas; es decir, no son las fuerzas las que aplicadas insistentemente en un sentido se relajan, sino el individuo, como tampoco son ellas las que se enervan. Si afirmáramos lo contrario, acabaríamos afirmando la materialidad de las mismas. Si, pues, la imaginación puede hacer pasar de un estado á otro las actividades totales del espíritu, ¿no podrá hacerlo con el individuo todo, sujeto de tales fenómenos? Más claro, ... ¿no descansará el sujeto cuando su espíritu descansa?

Tan verdad es esto que hoy se prueba y cada día lo experimentamos, que la imaginación es uno de los motores más poderosos que tiene nuestra parte fisiológica

¿Qué otra cosa es esa emoción grata que se siente, ese cosquilleo halagador en nuestro pecho, ó de una vez, esos movimientos peristálticos de los intestinos, que tanto nos satisfacen. . . que la representación sensible por el magín de una grata compañía? Y ¿cree el lector que el que se levanta del trabajo con la cabeza repleta de datos mercantiles y números enredados no puede encontrar alivio á su fatiga echándose sobre un sofá é imaginándose en agradable compañía, cosa que además de proporcionarle expansión espiritual, le acelera en beneficio la digestión de los alimentos ó en su defecto la nutrición por los mismos?

Ya que una inclinación determinada arrastra al órgano-asiento de la facultad correspondiente que mayor papel representa en ella, á su desarrollo y por ende al de la vida de aquélla, sería lo más práctico que cada cual conociera con precisión cual es el órgano más falto de los beneficios del trabajo dirigido á su perfección é inmediatamente llevar sus esfuerzos á que por este modo indirecto se nutriera y viviera aquél.

Es decir, si conozco que mi cerebro en tal sitio no responde á la vida normal de antes y sé, por ejemplo, que allí tiene su asiento la memoria, ¿por qué no podré probar que por la imaginación viva yo para mi memoria y que por el ejercicio y trabajo de ésta se nutra su órgano que no es más que mi parte enferma; todo convencido de que esta prueba es la cura definitiva de mi mal? ¿No es la tranquilidad del ánimo, por otra parte, y el regocijo y la alegría espiritual la salvadora de los trances funestos? ¿No conseguimos con ellos la paz, que es la vida? ¡De cuántas asechanzas y de cuántos disgustos saldríamos victoriosos si todos sembraran en su espíritu tales semillas!

Una tranquilidad verdadera se consigue imaginándose tenerla. Ella trae la paz; la paz es la vida espiritual y ésta la corporal. Unamos estos términos por un signo igual, y añadámosles los frutos de todo ello. Regularidad de las funciones anímicas; regularidad de las funciones corporales. Armonía completa. Vida; y... larga vida.

Concluamos, pues, la primera regla estableciéndola con estas palabras:

Primera regla práctica para conseguir la macrobiótica: Imaginarse convencidamente que se está bueno de cuerpo y alma. Alegrarse de la vida, que es un beneficio que Dios nos dispensa, de valor incalculable. Conocerse á sí mismo remediando las deficiencias propias por el esfuerzo imaginativo. Y no dejarse llevar nunca del halago de un tema fantástico, por sus fuerzas, de lo contrario se corre riesgo de caer en las garras de la locura. Ser

activo (guiar la fuerza imaginativa) *en lo pasivo* (cuando *conocido* el fin bello que nos puede llevar, la dejamos correr en su curso).

LUIS MARIMÓN

Académico de Número

PAGINAS

Beatenberg, verano de 1909

Al lado mismo de la puerta del comedor un cartelón indicaba á que hora y en que día tendrían lugar los cultos Católico Romano, evangélico, anglicano y nacional suizo en sus respectivas capillas.

Una alegre sorpresa llenó de gozo mi alma. El lugar que en el cartelón ocupaban las indicaciones referentes á nuestro culto y en el que desde hacía más de quince días nada había leído, lei aquella mañana:

CULTO CATÓLICO ROMANO

Mañana, á las siete, se dirá la Santa Misa en la capilla Católica

Sacerdote: J. Saintmarie

Residencia en Beatenberg, Poste Hotel

Id. en París....

La mañana era de junio, pero hubiérase dicho que estábamos en un día del más crudo invierno.

Una niebla densa, extremadamente fría, invadía la atmósfera. Yo respiraba bocanadas de aliento en forma de vapor, y á no ser por mi buen calzado impermeable, la humedad que cubría el suelo hubiera penetrado hasta mis pies.

La capilla ocupa un lugar difícil de describir. Hay descripciones que están reservadas á un poeta. Yo la siento, la veo, la explico dentro de mí, pero la palabra me falta para reflejar este sentimiento íntimo en el papel.

Se halla enclavada en una ladera de la montaña, que arrancando del lago, se pierde en la inmensidad del bosque.

La calma era completa entonces, sólo alguna que otra bandada de cuervos cruzaba el espacio y rompía el silencio con sus ásperos graznidos.

Yo caminaba por la carretera que conduce á Interlaken, y á poco abandonéla para trepar por un caminito corto que lleva á la capilla.

El sacerdote recibíome con la amabilidad de un parisién. Su luega barba y su pálido rostro dábanle un aspecto venerable.

Impresionaba tristemente aquella soledad de la modesta capillita. Los bancos, en que podrían haber cabido holgadamente cien personas, ha-

llábanse vacíos; las imágenes de los santos, desde las humildes po-yatas que las sostenían, clavaban en mí sus miradas fijas, como ofreciéndome protección.

Sin embargo, aquella solitaria capilla llenábase de fieles algunos días más tarde.

Mientras encendía los cirios del altar, un frío horrible se apode-raba de mí al pensar en los montones de dura nieve que bloquean aquella mansión del Señor durante siete meses, mansión abandonada por todo este tiempo.

Las siete cayeron acompasadamente del reloj de la iglesia de Beatenberg, y el sacerdote empezó la misa.

¡Cuán agradable era la sensación que yo sentía entonces!

Dios era el que presidía y presenciaba la ceremonia. Tan sólo Dios. Nadie podía oír los vigorosos campanillazos, más bien dados con mi alma que con la mano, cuando la Sagrada Forma se alzó en alto; nada turbaba el profundo silencio que reinaba en el aire, más que el murmullo de nuestras preces...

La misa terminaba ya. Un rayo de sol vino á filtrarse por una ojiva, y al chocar con sus cristales de colores se deshizo en ramillete de oro rojo.

Salí de la capilla y el sol brillaba esplendoroso. Algunas nubes blancas vagaban perezosamente y al rasgarse aparecía el cielo azul, un cielo que me recordó el de mi patria, y cuando al llegar al hotel entré en mi cuarto, exclamé gozoso:

¡Qué bien se está solo con Dios!

JAIME NADAL CAMPS

Académico de Número

BIBLIOGRAFÍA

LA NEURASTENIA, *su naturaleza, curación y profilaxis*, resumen de las ex-periencias personales que dedica á médicos y profanos el Dr. Alfredo Baumgarten.—Versión castellana de la 4.^a edición alemana, por el Dr. Collet.—Herederos de Juan Gili, Cortes, 581, Barcelo..a, 1910.

La Neurastenia es un libro indispensable á médicos y profanos, á sanos y enfermos. Nadie ha estudiado los horribles estragos de esta enfermedad con la solicitud y competencia del Dr. Baumgarten. El solo nombre del sucesor de Mons. Kneipp en el establecimiento de Weerishofen es la mejor garantía de la obra. Los casos estudiados por el Dr. Baumgarten son innumerables. Su expe-riencia cotidiana, sus concienzudas observaciones, los éxitos curativos, las múlti-ples manifestaciones de tan terrible enfermedad, todo queda consignado, con método rigurosamente científico, pero al alcance de todas las inteligencias, en este precioso libro, que tanto bien está llamado á producir á la humanidad do-liente y que tantos males puede evitar, si es leído con atención.—PLÁCIDO.

El Rdo. P. Francisco Sallarés, Sch. P.

A la edad de 71 años, el día 8 de los corrientes, víctima de una afección pulmonar, falleció en el Colegio de las Escuelas Pías de Sabadell el Rdo. P. Francisco J. Sallarés, Sch. P., después de haber recibido fervorosamente los Santos Sacramentos y la Bendición Apostólica.

Fué el P. Sallarés uno de los más preclaros hijos de aquella ciudad. Consagrado después de su ingreso en la Religión de San José de Calasanz á la enseñanza, desempeñó varias é importantes cátedras en los Colegios de San Antón de esta ciudad, Mataró y Sabadell. Durante muchos años ejerció el cargo de Rector de este último Colegio; en este tiempo emprendió la importante obra del Colegio que es hoy casa Consistorial y que fué costado por suscripción pública.

Estaba la ciudad en pleno período revolucionario cuando el P. Sallarés acometió la obra, lleno de fe y confianza, y aunque el sectarismo dióle no pocas desazones, su fe, su energía y el concurso que no en vano solicitó de todos cuantos habían recibido los beneficios de la Escuela Pía, hicieronle triunfar por completo.

Más tarde fué nombrado Rector de Mataró, y la importante ciudad litoral no ha olvidado ni olvidará el potente influjo de su acertadísima misión, que le captó las simpatías de todos y puso aquel Colegio, uno de los más importantes de aquella región, á envidiable altura. Aquí contrajo la enfermedad que le privó de la vista. Quedó completamente ciego hace unos doce años, pero la pérdida de tan importante facultad no le impidió su acendrada afición al estudio y al cultivo de la literatura. Soportó la desgracia con la cristiana resignación que atesoraba en su alma noble y virtuosa; se dedicaba con ardor á la enseñanza como en sus mejores tiempos, y por medio de sus discípulos y compañeros, se enteraba diariamente del movimiento científico y literario.

El P. Sallarés fué uno de los más eminentes oradores de su época; desde 1865 á 1896 alcanzó justo y merecido renombre en la Sagrada Cátedra. Aun se recuerdan con admiración las conferencias cuaresmales en la Catedral de esta ciudad por los años 1877 á 1878; su oratoria se distinguía por la solidez y armonía en su fondo y por el ascetismo de su lenguaje; lo mismo se ha de decir de su producción literaria. Su modestia era tan extremada como su talento, se manifestó en la fiesta dedicada á su distinguido y antiguo discípulo D. Angel Guimerá y de la que dieron cuenta los periódicos todos de Cataluña.

Por falta de espacio no podemos extendernos en más pormenores sobre la vida y virtudes de tan eminente escolapio. Los numerosos discípulos de Sabadell dedicarán á la memoria de su llorado maestro y compatriota ilustre un número extraordinario del diario *La Revista*, tributándole así un homenaje de cariño y amor imperecederos. La comisión organizadora ha quedado constituida por el Rdo. Luis Carreras, Pbro., D. José Mir Marcet, D. Manuel Ribot y Serra y D. Juan Costa y Deu. El celebrado artista mosén José M.^a Bosch ha ofrecido pintar el retrato del eminente escolapio. La sesión necrológica promete revestir gran importancia, toda vez que tomarán parte en ella gran número de literatos y escritores, todos discípulos y amigos del malogrado y sabio maestro escolapio.

La muerte le sorprendió con la oración en los labios, encomendando su alma á Dios, en pleno goce de sus facultades.—R. I. P.—PLÁCIDO.

ÁRBOL CALASANCIO

FIESTA DE SAN ANTONIO ABAD.—Brillantísimas resultaron las funciones religiosas celebradas en la Capilla interior del incendiado Colegio de San Antón de PP. Escolapios, con motivo de la bendición é inauguración de una nueva imagen de San Antón Abad, destinada para titular de la Iglesia.

La nueva imagen, obra del reputado escultor de ésta, D. Luis Argullo; es de gran tamaño, esbelta y presenta la fisonomía del verdadero anacoreta. La bendición se efectuó el domingo día 16, á las once de la mañana, por el Rdo. P. Ramón Piera, Rector del Colegio, siendo padrinos el conocido industrial don Ernesto Padrosa y la distinguida propietaria D.^a Dolores Boladeras, viuda de Miró.

El día 17, festividad del Santo Abad, á las diez, llenando la concurrencia el Santo templo, comenzó el oficio solemne, en el que fué celebrante el Rdo. P. Rector, y bajo la dirección del maestro Ballester se cantó con acompañamiento de orquesta la Misa de «Sacramento» de Ribera. Enalteció elocuentemente las glorias del Santo el Rdo. P. Manuel Muntaner, Sch. P.

Por la tarde, á las seis, se cantó el santo Rosario por la escolanía de Santa Madrona, y después de los devotos ejercicios dedicados al Santo, el Rdo. Padre Juan Figueras, Sch. P., pronunció un brillante sermón, manifestando con un lenguaje claro y sencillo la influencia que ejerció en la glorificación de San Antón, el santo temor de Dios.

Durante todo el día la barriada de San Antón se vió concurridísima, siendo millares las personas que visitaron al Santo, y centenares las caballerías que desde las ocho de la mañana hasta la una de la tarde recibieron la bendición, dada por varios Rdos. Padres desde el altar que, como los años anteriores, se erigió en la portería del chaflán del Colegio.

** ESCUELAS PÍAS DE IGUALADA.—Recibimos en su día un bien impreso programa conteniendo las fiestas religiosas y lírico-dramáticas celebradas en los días de carnaval, por los alumnos encomendados de este acreditado Colegio. Helas aquí: *La Casa de Nazareth*, cuadro lírico plástico en un acto, y en verso catalán, del Rdo. P. Rafael Oliver, Sch. P.; *El puñal del Godo*, *El Desafío* y *La flauta mágica*, los tres de un acto; durante los tres días exposición del Santísimo Sacramento, Trisagio y Misa, y solemne bendición y reserva.

Todas y cada una de las piezas fueron felizmente desempeñadas por los niños, cosechando prolongados y ardorosos aplausos de la nutrida y selecta concurrencia, manifestando de este modo el placer que sentía con tan inocentes é instructivas funciones. Nuestros plácemes y enhorabuenas.

** PENSIONADO DE LAS ESCUELAS PÍAS DE SARRIÁ.—Como en años anteriores celebráronse en este Colegio funciones religiosas y lírico-dramáticas durante los días de Carnaval. Las primeras consistieron en trisagio, estación mayor y sermón por el P. Manuel Serra, Sch. P., dándose la Bendición con el Santísimo Sacramento. De las segundas formaron parte el estreno de la comedia dramática *El Manuscrito de una Madre*, del P. Luis Falguera, Sch. P., *Una hora fatal* y *Cinematógrafo patriótico*; la acreditada banda de los Talleres Salesianos amenizó las veladas y los cuadros del segundo y tercer día.

Nuestra enhorabuena al autor del estreno y á todos los artistas.

En la sección bibliográfica daremos una breve noticia sobre el argumento de la obrita del P. Falguera, de la que nos envió dos ejemplares.

RAMÓN PUIG, SCH. P.